



## PRIMER PREMIO CARTAS DE AMOR. IES LA MOJONERA

Son las cinco de la mañana y justo ahora acabo de quedarme sin café. Dos cucharadas de capuccino y un par de lágrimas en el rostro frente al ordenador.

Me consume la impaciencia y escribirte es lo único que me permite descansar. Tanto estrés en mi cabeza me consume y me impide dedicarte bonitas letras, porque te las mereces. Lo siento, pero no se me ocurren rimas. No puedo hablarte de color, no puedo hablarte de risas, ni siquiera de flores. Mi mente está llena de gris, de gris y más gris y me pide con insistencia que la conviertas en blanco. Que cojas mi pensamiento, ese que nunca se acaba, ni siquiera cuando me voy a dormir, y le cierras la boca. Que lo silencies con un beso que haga que se desmaye, que se calle, y que deje de pensar.

Quizás así las cinco de la mañana se conviertan en cinco de una tarde caminando a tu lado. Así puede que el estrés se disuelva como lo hace el azúcar en el café. Y quizás, solo quizás, las letras rellenen esta pesada hoja en blanco.

Me quito las lágrimas de la cara de un solo movimiento y de una sola vez.

Me fijo en la pantalla, blanca, que irrita mis ojos protegidos por unas simples gafas de pasta.

La pantalla vacía, y el cuaderno lleno. Son frases sin sentido, algunas borrosas, otras inconclusas, pero todas hablan de ti. Y como te dije al principio escribir sobre ti aligera pero de mi espalda cargada de problemas.

La idea era demasiado sencilla para ser real. El tiempo tan largo que no parecía tener final, y sin embargo aquí me tienes, a tres horas de un concurso y una carta sin empezar. Tan solo tengo recuerdos tuyos borrosos en una libreta, un ordenador sin apenas batería y restos de un capuccino frío. Lo mejor es no perder el tiempo y que me consuma más, de modo que hago caso a los pocos recuerdos que no me ha quitado el insomnio y comienzo a redactar. Una, dos y tres. Las teclas del ordenador se hunden y se vuelven a alzar, siendo cómplices de la historia que estoy contando.

Hablo de color azul, de una sonrisa roja y de un atardecer dorado. Hablo de la tarde que pasamos, tú, descansando sobre mis rodillas, y yo, contemplando tu descanso.

Cómo tus pestañas parecían enredarse cuando cerrabas los ojos. En serio, lo imaginaba.

La forma en la que tus pecas parecían coincidir formando una constelación, y cómo mis dedos les daban forma uniendo cada estrella con una caricia.

La manera en la que el sol se reflejaba sobre nuestra silueta y múltiples reflejos se formaban entre el firmamento que tú eres.

Odio tener que recordar. ¿Por qué no estás aquí? ¿Por qué has tenido que despegar tu mano de la mía y marcharte? ¿Por qué he cogido mi bicicleta y he comenzado a pedalear en dirección opuesta a mi casa y no en dirección continua hacia la tuya? Odio las preguntas sin respuestas y odio que muchas tengan que ver con nuestro destino. Todo podría ser más sencillo como coger, y en una de esas tardes en las que tenemos que estudiar, huir. Así de sencillo, correr y correr. Quizás pedalear, No me importa en demasía la forma, sino la finalidad. Que estemos juntos.

Y sí, sé que esto último es lo más cursi que has leído en tu vida. Que es lo típico que se dice una pareja cuando apenas llevan amándose un mes ¿Y qué? ¿Acaso no es lo que estoy sintiendo ahora? El pasado ya no me apena, el futuro me es incierto, pero el presente es nuestro. Y no sé tú, pero yo soy más de grabar recuerdos viviendo, a tener que revivir sucesos que ya se han acabado.

Ya sé que anteriormente te he dicho que el futuro me asusta. Pero imagínate que nuestro presente durara para siempre.

Entonces, ¿te quedarías a mi lado durante un presente infinito?